

TALTALIA®

Revista del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal



Revista Taltalia del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal N° 12 Año 2019



ÍNDICE

| | |
|---|------------------|
| Palabras del Director | 5 |
| Editorial | 7 |
| Benjamín Ballester Presentación y transcripción de un artículo de Augusto Capdeville ante la Société Scientifique du Chili: pueblos prehistóricos de la zona marítima de Taltal | 11 - 17 |
| Nicolás Richard y Consuelo Hernández Notas sobre los motores en las caletas del litoral de Taltal | 19 - 35 |
| Claudio Galeno-Ibaceta, José Antonio González y Marcelo Lufin De la vista más bonita a las exigencias sanitarias: establecimientos hoteleros, medios y salud pública en la modernización de la vida urbana de Antofagasta | 37 - 61 |
| Enrique Cortés Larravide Algunos datos acerca de los habitantes de la costa de Caldera, Paposo y Cobija a finales del Siglo XVIII: la visita de indios por Eduardo de la Cerda, 1792, valle de Copiapó | 63 - 71 |
| Patricio Espejo La planta experimental del Sistema Guggenheim en la oficina salitrera Cecilia de Antofagasta (1922-1923) | 73 - 91 |
| Horacio Larraín y Daniela Rivera Aspectos antropológicos de la Provincia de Tarapacá según el relato del químico inglés William Bollaert en 1854, con especial referencia a la descripción de grupos changos de la costa árida del norte de Chile | 93 - 108 |
| Benjamín Ballester La colección Paul Thommen del American Museum of Natural History de Nueva York | 109 - 116 |
| Damir Galaz-Mandakovic Luces yugoslavas para el oscuro puerto de Tocopilla. De la innovación a la obsolescencia (1914-1942) | 117 - 133 |
| Reseña Sergio Prenafeta La Puerta del Desierto: Estado y Región en Atacama. Taltal, 1850 – 1900 de Miltón Godoy Orellana | 135 - 136 |
| Normas Editoriales | 137 - 140 |

DE LA VISTA MÁS BONITA A LAS EXIGENCIAS SANITARIAS: ESTABLECIMIENTOS HOTELEROS, MEDIOS Y SALUD PÚBLICA EN LA MODERNIZACIÓN DE LA VIDA URBANA DE ANTOFAGASTA

FROM THE PRETTY SIGHT TO SANITARY REQUIREMENTS: HOTEL ESTABLISHMENTS, MEDIA AND PUBLIC HEALTH IN THE MODERNIZATION OF THE URBAN LIFE OF ANTOFAGASTA

Claudio Galeno-Ibaceta¹, José Antonio González² y Marcelo Lufin Varas³

RESUMEN

Los establecimientos de hotelería para Antofagasta, asentamientos creados en la adversidad del desierto costero de Atacama, fueron fundamentales para acoger a inmigrantes y viajeros de negocios atraídos por el éxito de la minería. Utilizaron los medios de la Revolución Industrial, como prensa escrita, guías, revistas y postales, para publicitar sus servicios a los huéspedes. Pasaron luego a las guías internacionales con formas globales de anunciar sus ofertas. Como la vida en los hoteles era entre extraños, la salubridad fue un tema importante, por lo cual se crearon leyes y decretos sanitarios en el Chile de entreguerras. Problema recurrente desde el siglo XIX, primero por la ausencia de los servicios básicos y luego por pandemias derivadas del comercio marítimo y la inmigración.

Palabras clave: Antofagasta, historia urbana, establecimientos hoteleros, salubridad, legislación sanitaria.

ABSTRACT

The hotel establishments for Antofagasta, settlements created in the adversity of the Atacama coastal desert, were instrumental to welcome immigrants and business travelers attracted by the success of mining. They used the Industrial Revolution medias, as written press, guidebooks, magazines and postcards, to advertise their services to guests. They then turned to international guidebooks with global ways to advertise their offerings. As life in hotels was among strangers, health was an important issue, so health laws and decrees were created in inter-war Chile. This was a recurring problem since the 19th century, first because of the absence of basic services and then of pandemics resulting from maritime trade and immigration.

Key words: Antofagasta, urban history, hotel establishments, public health, sanitary legislation.

1. Escuela de Arquitectura, Magíster Arquitectura en Zonas Áridas, Universidad Católica del Norte, Antofagasta. cgaleno@ucn.cl

2. Escuela de Derecho, Universidad Católica del Norte, Antofagasta. jagonzal@ucn.cl

3. Departamento de Economía, Universidad Católica del Norte, Antofagasta. mlufin@ucn.cl

EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DE FORMACIÓN y crecimiento de la estructura urbana de Antofagasta, los espacios de hotelería, en sus distintas escalas y categorías, fueron fundamentales en la oferta de camas y servicios para los viajeros que llegaban al puerto atraídos por el éxito de la minería del desierto de Atacama.

Las investigaciones sobre los establecimientos hoteleros datan de las últimas décadas del siglo XX. Un punto de inflexión en los estudios sobre el turismo fue el artículo de Dean MacCannell, *Staged authenticity: arrangements of social space in tourist settings* (1973). Ese mismo año, el arquitecto George Candilis publicó el libro *Arquitectura y urbanismo del turismo de masas*, en el cual reflexiona sobre el desarrollo que había sufrido el ocio y el turismo, centrando su interés en el impacto que se estaba produciendo sobre los destinos de ese turismo masivo.

Un precedente fundamental fue el libro del historiador Nikolaus Pevsner sobre la historia de las tipologías arquitectónicas, publicado en 1979, en el que incorpora un capítulo dedicado a los hoteles. Allí menciona que para la elaboración de su trabajo había detectado una escasez de investigaciones sobre ese tipo de arquitecturas. Su principal referencia fue el precursor trabajo de Jefferson Williamson, *The American Hotel, an anecdotal history* (1930), cuyo tema central fueron los hoteles estadounidenses, y en el que dedicaba capítulos a los huéspedes (o “extraños”), así como a los anfitriones. Además, debemos mencionar una investigación más reciente, también sobre los hoteles estadounidenses, realizada por el historiador Andrew Sandoval-Strausz, bajo el título *Hotel: an american history* (2007).

En las últimas décadas, bajo perspectivas más diversas, se han publicado investigaciones como los estudios de D. Medina Lasansky, de la cual destacaría el libro *Arquitectura y turismo: percepción, representación y lugar* (2006), que editó junto con Brian McLaren, en donde reúnen una serie de artículos de varios investigadores que permiten ampliar las perspectivas sobre el impacto del turismo en la percepción de las ciudades y su arquitectura. Respecto del contexto chileno, destaca el trabajo de Macarena Cortés sobre las relaciones entre arquitectura moderna y turismo en Chile, quien ha publicado una serie de artículos y un libro resultado de sus investigaciones, en el cual incluyó trabajos de otros especialistas de las zonas más extremas del país (Cortés et al. 2014).

Los mencionados trabajos, por lo general vinculan los establecimientos hoteleros al desarrollo de un determinado proceso turístico asociado más bien al ocio. Sin embargo, debemos destacar que este proceso en el caso de Antofagasta fue distinto, ya que el desarrollo de los servicios turísticos estuvo principalmente orientado a otro tipo de usuario: los viajeros de negocios y los inmigrantes.

Pevsner (1979) nos remite a la relación etimológica entre las palabras hotel y hospital, ambas provenientes del latín *hospes*, que significa huésped. De hecho, en sus orígenes medievales habrían sido prácticamente un solo establecimiento y acogían, además de los enfermos y entre varios tipos de usuarios, también a los viajeros y peregrinos. Esos establecimientos han sido estudiados y se ha podido evidenciar que esa promiscuidad de usuarios solo contribuía a aumentar los índices de insalubridad (Galeno-Ibaceta

2012). En tal sentido, pese a que el hotel del siglo XIX tenía sus funciones mucho más definidas, igualmente era el lugar de confluencia de forasteros, del encuentro entre desconocidos, un escenario que podría ser propicio a la insalubridad. Incluso en la última década, en las ciudades y rutas más turísticas de España, debido al incremento del turismo masivo con el desplazamiento de personas, al tráfico de mercancías y al arriendo de departamentos para fines turísticos, se han producido inesperados brotes de plagas que se pensaban extintas (Brunat 2019; Pérez-Lanzac 2018; Sánchez 2012).

Si bien el siglo XIX fue el período de consolidación del higienismo, aún así los principios de higiene eran difíciles de aplicar en contextos adversos y extremos como el de Antofagasta, el cual imponía una escasez de los servicios básicos de salubridad urbana: el agua potable y un sistema de alcantarillados. El agua producida por las “máquinas resacadoras” (condensadoras de agua salada) era desagradable al paladar y el sistema de abrómicos (barriles de excrementos) era precario e insalubre. Gracias a las inversiones y necesidades de la Compañía Huanchaca de Bolivia, una red inicial de agua, proveniente de la precordillera, empezó a surtir a la ciudad en 1892, como lo evidencia el plano de la red de agua potable realizado por el ingeniero Roberto J. Manning, que se encuentra en el Archivo de Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia. Por otro lado, en 1908 se inició la construcción de una primera red de alcantarillado, ejecutada paulatinamente y finalizada hacia 1915 (Galeno-Ibaceta 2019). Bajo estas frágiles condiciones podemos dimensionar la complejidad que fue ofrecer servicios hoteleros siguiendo preceptos mínimos de higiene, de modo

que ambos momentos, el del arribo del agua y el del inicio de funciones de la red de alcantarillado, debieron haber marcado puntos de inflexión en la calidad e higiene de los establecimientos hoteleros.

Los estudios de Pevsner (1979) sobre el desarrollo de los establecimientos hoteleros revelaron que los mayores progresos se dieron en el ámbito estadounidense desde mediados del siglo XIX. Esos avances se manifestaron en los sistemas de calefacción, el aumento de la proporción de retretes y duchas por habitación, y la incorporación del agua corriente. Además, aludiendo a un escrito de Joseph Lux de 1909, indica que un hotel debería satisfacer tres necesidades: (a) funcionar como una máquina, como un aparato perfectamente construido; (b) debería superar a los coches cama de los trenes; y (c) respecto de la higiene y limpieza, debieran ser equivalentes a las de una clínica. Finalmente, lo que se requería era “una síntesis de hospital, coche cama y maquinaria” (Pevsner 1979: 230).

Con la confluencia de los inmigrantes y de los viajeros, los que impulsaron la conformación de la vida urbana de Antofagasta, fueron necesarios los servicios ofrecidos por los establecimientos hoteleros, espacios fundamentales para una sociedad en tránsito, tanto por el hospedaje, como por ser el escenario de las relaciones sociales de una sociedad de forasteros, con los consecuentes procesos de transculturación. En una serie de diversas fuentes documentales como cartografías, guías, postales, prontuarios de inmigración, periódicos y revistas, se pueden detectar datos sobre los hoteles, sus emplazamientos, propietarios, usuarios, arquitecturas, servicios y calidad.

PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS HOTELEROS EN ANTOFAGASTA

La fundación oficial de Antofagasta fue en 1868 y la primera cartografía conocida, realizada por José Santos Prada en 1869, representa una ciudad que aún no existe, pues en realidad corresponde a una planificación que traza y lotea la ciudad. Para esa fecha recién se licitaban los predios en las manzanas, y entre los inversionistas, algunos empresarios visualizaron la necesidad del hospedaje por el número creciente de personas que comenzaron a arribar atraídos por los descubrimientos del salitre y seguidamente de la plata de Caracoles, desde 1870.

Isaac Arce, en sus *Narraciones Históricas* (1997[1930]), indica que en el período 1871-1872 entre los primeros ciudadanos estuvo el portugués Antonio Magallanes, propietario del Hotel María en calle Lamar (luego denominada Prat), una propiedad que posteriormente pasó a manos de la familia de Miguel Zuleta.

La cartografía de 1873 de Adolfo Palacios (Bermúdez 1966) fue el primer plano donde son mostrados sitios de hospedaje: el Hotel Chile, en la esquina sur de las calles Lamar (Prat) y Washington; y el Hotel Vidal, en la primera media manzana que enfrentaba la Poza, en la esquina del pasaje Ballivián con calle Sucre. Ambos hoteles reflejan distintos criterios urbanos de emplazamiento, uno en el entorno cívico de la Plaza Colón, y el otro cercano a los dos muelles, el fiscal y el Melbourne Clark, puntos de acceso de los viajeros.

Así como el entorno de la Poza congregaba una serie de las principales instituciones de esa ciudad emergente, también el contexto de la Plaza Colón reunía una parte relevante de esos primeros establecimientos, entre ellos, la iglesia, tres

de los cuatro primeros bancos, y el Hotel Chile. Como narra Arce (1997[1930]: 121), ese “magnífico” establecimiento hotelero inicialmente perteneció a José Tomás Peña, y sobre las actividades sociales que se desarrollaban en él, indica: “fue ahí donde se dieron los primeros banquetes y se efectuaban las grandes fiestas ofrecidas por los afortunados mineros de [la plata de] Caracoles, cuando hacían un ‘buen alcance’ o realizaban alguna gran negociación”.

El Hotel Vidal se situaba estratégicamente entre la plaza y la Poza con los muelles, vecino al cuartel de Policía, bodegas e instituciones públicas como la Aduana. Arce (1997[1930]: 119) indicaba:

Don Augusto Vidal, que también dejó su empleo del Gobierno para establecer un hotel, el primer negocio de este género que se fundó en Antofagasta, y que estuvo ubicado en la mitad de la cuadra, donde están los almacenes de aduana, frente al mar.

Luego, Vidal vendió el hotel al francés Eduardo Wolff, que lo tuvo por algunos años, mientras que Vidal instaló un nuevo hotel en el pasaje Ballivián, establecimiento que después vendió a Juan Delgado, quien lo denominó Hotel Sud Americano (Arce 1997[1930]).

El maremoto de la noche del 9 de mayo de 1877 arrasó con los edificios cercanos al mar. No hubo muertos, pero sí grandes pérdidas materiales, y entre los edificios afectados estuvo el Hotel Sud Americano, junto con la Aduana, el cuartel de Policía y muchas otras estructuras e instalaciones que ocupaban esa manzana (Cruz 1966).

LA PRENSA, LOS HOTELES Y LOS SERVICIOS

Antofagasta había sufrido el impacto del maremoto de 1877, y luego fue convertido en un asentamiento base del conflicto de la Guerra del Pacífico de 1879. No obstante, la vitalidad del impulso industrial se mantenía e incrementaba. Los medios como periódicos y guías cumplían un rol fundamental en la oferta de servicios a los viajeros e inmigrantes. Uno de los periódicos más importantes de Antofagasta luego de la Guerra del Pacífico fue *El Industrial*, publicado con algunas interrupciones en cuatro épocas desde 1881 hasta 1938. Como indican Agullo y Durán (1979: 130), ese periódico fue fundado por Matías Rojas Delgado, quien años después lo traspasó a Juan Mandiola y Pedro Castillo. En sus manos, “pasó a ocupar el primer plano del periodismo regional”, se convirtió en “el diario obligado de la industria, del comercio y de todas las actividades de Antofagasta”. Luego de Mandiola y Castillo, el diario pasó por varios propietarios hasta que cesó su publicación.

En sus páginas, en agosto de 1881, anunciaba el Gran Hotel Colón, al lado de la Aduana, con salón de billar, salón para familias, piezas amuebladas y “la más bonita vista sobre el mar”. En cuanto a su cocina, su especialidad era la pastelería. Manifestaban que todo sería servido con prontitud y a precios módicos (*El Industrial*, 6 de agosto de 1881: 4).

En septiembre de 1881, se anunciaba que el día 16 de ese mismo mes, reabría sus puertas el antiguo Hotel Chile, situado en la Plaza Colón. Su propietario era Mateo Concha Moreno, quien lo había remodelado para ofrecer las mayores comodidades. Tenía salón de billar y un

elegante comedor. El aspecto higiénico era relevante, pues manifestaba que las piezas estaban aseadas, recién pintadas y empapeladas (*El Industrial*, 13 septiembre de 1881: 1). Desde el 23 de septiembre, el Hotel Chile ofreció helados de toda clase, los que se vendían de una a tres de la tarde y desde las siete a nueve de la noche (*El Industrial*, 23 de septiembre de 1881: 3). En enero de 1882, se anunciaba y comentaba con detalles el banquete que los oficiales que habían participado en las batallas de Chorrillos y Miraflores ofrecieron a sus amigos en los salones del Hotel Chile (*El Industrial*, 13 y 14 de enero de 1882: 3).

El Gran Hotel Colón, propiedad de Pedro Tonsich, sucumbió en el incendio del 2 de agosto de 1885, el cual consumió las manzanas comprendidas entre calle Colón (de la playa), Bolívar, Washington y Sucre (*El Pueblo*, 3 de agosto de 1885: 2). Meses después, el propietario levantó un nuevo establecimiento, el Hotel Inglés, algunas manzanas hacia el interior de la ciudad, en calle Latorre n°169. Decía la prensa que luego de una visita habían constatado que las habitaciones tenían “elegancia i aseo notables”, en síntesis “lujo i *confort*”, igualmente el comedor, salón de tertulia, billar y otros recintos no dejaban nada a desear, y la mesa y licores guardarían relación con lo “pintoresco i bien montado” del establecimiento. Además, reflexionaban:

En lugares tan aislados como son estos puertos del norte, cada hotel, cada establecimiento industrial que se levanta para la comodidad de los habitantes i transeúntes es un progreso que a todos aprovecha i que es justo estimular i proteger por el bien general (*El Pueblo*, 1 de diciembre de 1885: 3).

La inauguración del hermoso y elegante el Hotel Inglés fue el 1 de diciembre de 1885, a la cual acudieron numerosos y escogidos caballeros respetables, invitados “a tomar la sopa”. El establecimiento tenía un servicio de “esquisitas viandas i magníficos postres”. Al final de la velada, los asistentes, animados por los “excelentes vinos”, “pronunciaron entusiasmados brindis humedecidos con espumoso champaña, deseando al atento i ya conocido industrial, prosperidad i fortuna” (El Pueblo, 2 de diciembre de 1885: 2). En los avisos publicados en la prensa, indicaban que recibían pensionistas y pasajeros, y hacían énfasis en el magnífico cocinero y en las habitaciones con “el mejor aseo i ventilación” (El Pueblo, 3 de diciembre de 1885: 3). Los días domingo se ofrecía sopa de tortuga y helados de bocado (El Pueblo, 5 de diciembre de 1885: 2). Hacia fines de diciembre, esos helados empezaron a venderse todos los días “sin excepción” a las siete y media de la tarde (El Pueblo, 22 de diciembre de 1885: 1). En 1888, un anuncio publicado en inglés, convocaba a los ingleses residentes a una reunión en ese establecimiento para formar un club de cricket (El Pueblo, 14 de noviembre de 1888: 3).

Los establecimientos del Gran Hotel Colón, luego Hotel Inglés, y el Hotel Chile, eran los únicos que anunciaban, y por la calidad de servicios que ofrecían, debieron haber sido los más costosos o con precios “módicos”. Sin embargo, no eran los únicos, hubo otros establecimientos menores que no se promocionaban pero que posiblemente eran una alternativa menos costosa que los grandes hoteles. En octubre de 1881, el anuncio de una función de acróbatas, explicaba que esta se presentaría en el local del Hotel Unión, ubicado en la plaza principal (El Industrial, 20 de octubre de 1881: 3),

mientras que un aviso de venta de quesos, indica que el responsable del negocio se podía encontrar en el Hotel María (El Industrial, 13 de diciembre de 1881: 3). En ese mismo hotel, en 1887, el profesor de contabilidad Oscar Burgueois ofrecía sus servicios para enseñar teneduría de libros y para arreglar los de casas de comercio (El Pueblo, 30 de mayo de 1887: 3).

Un anuncio de enero de 1882, firmado por L. A., decía que buscaba un horno usado para ensayos, y que podía ser contactado en el Hotel Sudamericano (El Industrial, 2 de enero de 1882: 3). Este último, se emplazaba en el pasaje Ballivian, y desapareció en el incendio de agosto de 1885 (El Pueblo, 3 de agosto de 1885: 2). Luego del siniestro que los destruyó, su propietario lo reconstruyó. En la prensa, hacía énfasis en la ubicación estratégica para los viajeros:

Está próximo a terminarse la construcción de este hermoso edificio que don Juan Delgado levanta en reemplazo del que destruyó el último incendio. Este establecimiento era i luego volverá a ser el rendez-vous de todos los argentinos i bolivianos que viajan al interior sin que esto signifique que no fuera también inmensamente concurrido por todas las demás nacionalidades a causa de la amabilidad i esmero con que se atiende a sus huéspedes el simpático industrial (El Pueblo, 31 de octubre de 1885: 3).

El reconstruido hotel abrió sus puertas el 24 de diciembre de 1885, promocionando su cercanía del muelle de pasajeros y de la estación del ferrocarril (El Pueblo, 26 de diciembre de 1885: 2).

Si bien, los mencionados hoteles se situaban estratégicamente cercanos a la Poza con sus muelles, la Estación de Fe-

rrocarril y a la Plaza Colón, en otro extremo, hacia el sureste de la incipiente urbe se emplazaban también algunos establecimientos. El periódico *El Pueblo*, en sus primeros números de julio de 1885, anunciaba el Gran Hotel, antiguo Hotel de France, situado “en la mejor posición de Antofagasta”, en la esquina de la plaza Sotomayor. Ofrecía cuartos amoblados para una y dos personas, aceptaba pensionistas y servían *lunch* a toda hora (El Pueblo, 8 de julio de 1885: 3). Su propietario era Antonio Chiozzone (El Pueblo, 13 de octubre de 1885: 2). El ingeniero y arquitecto Ramón Escudero -autor del *Plano Topográfico de la ciudad de Iquique* de 1861- ofrecía sus servicios en la prensa, indicando que podía ser encontrado en el n°7 del Gran Hotel (El Pueblo, 9 de octubre de 1885: 3).

Chiozzone anunciaba el año 1886 que el Gran Hotel recibiría pensionistas tanto de la costa como del interior. Habían hecho reformas que mejoraban el servicio. Tenía un excelente cocinero traído desde Valparaíso. Alquilaba habitaciones amuebladas con o sin pensión. Agregaba que el administrador era estimado en la ciudad, tenía práctica y conocimientos específicos con las comidas, entre ellas los dulces y helados (El Pueblo, 2 de enero de 1886: 1).

Los anuncios de la prensa revelan que entre los hoteles se producía una disputa no solo por la calidad de las habitaciones, salones y servicios hacia pensionistas y pasajeros, sino también ofreciendo productos a los ciudadanos, manifiesto en la venta de helados. Una oferta de gran coherencia para una sociedad que habitaba un contexto desértico costero en un trópico. A fines de diciembre de 1885, se sumó el Gran Hotel, el cual empezó a promocionar sus “helados a la moda”, elabo-

rados especialmente por el señor Zaniboni, y que eran vendidos todos los días durante el día y la noche (El Pueblo, 31 de diciembre de 1885: 3). En abril de 1886, el Hotel Inglés anunciaba en la portada de *El Pueblo*:

Helados inmejorables i a buen precio. Confeccionados por manos de una esperta persona venida espresamente de Santiago. El Hotel Inglés se ha propuesto poner este artículo, que ya se ha hecho de imprescindible necesidad, como único remedio para combatir los inmensos calores, al alcance de todos los bolsillos; con tal objeto una sección de dicho establecimiento queda arreglado únicamente para esponder helados (El Pueblo, 1 de abril de 1886: 1).

En 1887 se incendió el restaurante y pensión Eduvijis, cuya propietaria era Eduvijis de Ojeda, el cual se trasladó a un espacio más cómodo, con mayor aseo y elegancia, a la esquina noreste de la Plaza Colón, lugar conocido como el Hotel de Francia o salón Moltke. La prensa decía que el cambio no significaría que la pensión sería ni francesa ni alemana, sino que seguiría siendo de un chilenismo absoluto (El Pueblo, 5 de mayo de 1887: 2). Además, anunciaba que su restaurante no solo atendía con puntualidad y aseo los almuerzos y comidas de los pensionistas, sino que también habría cena por la noche, con fiambres, valdivianos, *beeftekfs* (sic), huevos, té, café y completo surtido de licores (El Pueblo, 12 de mayo de 1887: 3).

En abril de 1889 fue inaugurado el Gran Hotel Central de Ortiz y Polanco, situado en el sitio denominado Casino, con “excelentes comedores bien ventilados y decentes”. Un punto relevante es que no solo ofrecía habitaciones para pasajeros,

sino que para los viajeros comerciantes tenían departamentos especiales para exhibir su mercadería (El Pueblo, 2 de abril de 1889: 3).

Entre los pensionistas de ciertos hoteles se encontraban algunos médicos que utilizaban sus habitaciones para atender a sus clientes. De los que anunciaban en la prensa, por ejemplo, el Dr. Olea Moreno, que había sido cirujano del ejército y de la Armada durante la Guerra del Pacífico, atendió durante 1887 y 1888 en el hotel de don Godofredo Lagreze (El Pueblo, 7 de noviembre de 1887: 3; 2 de enero de 1888: 3), llamado Hotel Bismarck (El Pueblo, 3 de diciembre de 1887: 3). Asimismo, el Dr. Guillermo Johnson, médico cirujano, atendía en 1888 en el Hotel Sudamericano (El Pueblo, 28 de febrero de 1888: 2). En 1889, el médico Manuel A. Mujica, especialista en enfermedades venéreas y pulmonares atendía en el Hotel Central (El Pueblo, 18 de julio de 1889: 2).

LA ORDENANZA, EL AGUA POTABLE Y LAS PRIMERAS GUÍAS

Habrà que tener presente que la normativa sobre el funcionamiento de los hoteles y locales de expendio de comidas y alcoholes, tempranamente fue regulada por el municipio. De esta manera, lo realizado por el municipio de Antofagasta, desde su creación en 1872, fue orientado por la presencia entre sus miembros de las colonias europeas, especialmente británicas, alemanas y españolas. La creación de ordenanzas y reglamentos, después de la década de 1880, prosiguió tales delineamientos, haciendo que Antofagasta fuese la “ciudad letrada” de todo el desierto de Atacama (González 2013).

El proyecto para la *Ordenanza de po-*

licía local, aseo i salubridad para la ciudad de Antofagasta, elaborada por Matías Rojas D. y Braulio A. Bravo, fue publicada por partes en *El Industrial* en 1882 (El Industrial, 23, 24, 28 de febrero y 1º de marzo de 1882). Varios años más tarde, el 29 de noviembre de 1888, fue oficializada, con algunos pequeños cambios, por el Ministerio del Interior (El Pueblo, 22, 24, 26, 27 y 28 de diciembre de 1888). Las nuevas normas urbanas incluyeron algunas referidas a establecimiento hoteleros. El artículo 23, respecto de los hoteles, cafés y posadas, ordenaba que la instalación de cualquiera de estos establecimientos debía ser informada previamente a la autoridad administrativa, además, era obligación del propietario “poner en la puerta principal un letrero bien perceptible que indique la denominación con que debe ser conocido el establecimiento”. Además, en el artículo 24, dirigido a hoteles, cafés y fondas, indicaba que era obligatorio que el propietario de esos tipos de establecimientos, llevase un registro de los huéspedes, mediante un libro foliado, donde se anotarían el nombre, apellido, procedencia, fechas de llegada y de salida. Esa información podría ser revisada por la policía cuando fuese necesaria. En ambos artículos, si se infringían las indicaciones se aplicaban multas de uno a diez pesos (El Pueblo, 24 de diciembre de 1888: 2).

La llegada del agua potable en 1891-1892, debió ser un relevante punto de inflexión de salubridad de la vida urbana y en la calidad de los servicios hoteleros ofrecidos. Esa nueva condición contribuyó a impulsar el compromiso con el asentamiento y con su *hinterland*, lo que se evidencia con la publicación en 1894 de la primera y extensa *Guía de Antofagasta*, dedicada exclusivamente a la ciudad, elaborada por Mandiola y Castillo (1894),

quienes a la fecha eran propietarios del periódico *El Industrial*. El amplio y variado documento, reflejó el empuje económico y, entre varios tipos de comercios, publicitaba diversos hoteles: el Hotel del Comercio, el Hotel Sud Americano, el Hotel de France et d'Anglaterra y el hotel de Clorinda Q. de Stanford.

Se indicaba que el Hotel del Comercio, en la plaza principal, tenía un nuevo propietario, el eslavo Marcos K. Tonsich, lo que quiere decir que el establecimiento estaba en funcionamiento antes de esa fecha. Se dice que estaba reformado y que era uno de los más elegantes y confortables. El hotel tenía cinco salones con puertas a la plaza, que prestaban servicios de buffet, así como de espacio de exhibición y sitios de descanso a los viajeros. Esos salones se ofrecían como los mejores para reuniones comerciales. En cuanto a hospedaje, decían: "Hay en la parte baja del edificio un inmejorable departamento para familias (anteriormente ocupado por la del dueño). Con el objeto de darles ventilación a las piezas de los altos, se han ampliado i comunicado éstas entre sí" (Mandiola y Castillo 1894: XV).

Los detalles de la oferta eran los siguientes: el costo por día sin desayuno era de tres pesos; habitaciones especiales y departamentos para familias; habitaciones por quincena o mes previo pago anticipado; saloncitos; admitían pensionistas con o sin vino; los almuerzos eran de cuatro platos y la comida de cinco; los platos variaban a diario; solo se cocinaba con mantequilla o aceite; algunos de los buenos vinos que se ofrecían eran Santa Fe, Totoral, Rogers y Zerrano; los licores que se servían en la cantina eran extranjeros legítimos (Mandiola y Castillo 1894). Cabría resaltar que las funciones

destacadas son: restaurante, salones para negocios y habitaciones para familias.

Asimismo, Juan Delgado publicitaba su Hotel Sud Americano, el cual estaba en una nueva ubicación, en la esquina de calles Prat con San Martín, frente a la Plaza Colón. Indicaba que había sido fundado en 1873 y que por sus comodidades y servicios era uno de los mejores de la ciudad, "con excelentes salones de billares, vastos y ventilados departamentos para alojados y cantina bien surtida de los más legítimos licores" (Mandiola y Castillo 1894: XV). En este caso la oferta no era tan familiar y gastronómica, sino que se orientaba más bien al ocio.

Además, se indicaba que el Grand Hotel de France et d'Anglaterra de Marcos Vuscovich quedaba en calle Prat n°40 y n°48, o sea muy al inicio de esa calle, cerca del mar, en el área industrial⁴. Más tarde ocupará el sitio del Hotel Sud Americano. Se exhibía como el más extenso en su clase en toda la costa, con salones especiales para familias, y con departamentos arreglados especialmente para agentes viajeros. La comida era sana y abundante, tenían un salón para banquetes y coches en la puerta para paseos (Mandiola y Castillo 1894).

Según la *Guía de Antofagasta*, respecto del pago de patentes, los tres hoteles mencionados estaban en la categoría de primera clase, mientras que el hotel de Clorinda Q. de Stanford, en calle Prat n°

4. Habría que aclarar, que, respecto de las numeraciones de las calles en las primeras décadas del desarrollo de Antofagasta, no son las mismas que en la actualidad. Estas fueron modificadas a mediados del siglo XX, por lo que para el proyecto FONDECYT 1130785 reconstruimos la antigua numeración de las calles de la ciudad, en base a guías, cartografías e innumerables investigaciones en terreno.

86, era el único de segunda clase (Mandiola y Castillo 1894).

En general, los hoteles se preocuparon en aparecer en las guías comerciales locales desde 1894, dando cuenta de los servicios a ofrecer, resaltando, de cara al turista o viajero europeo, el confort que le aguardaba. Algunos avanzaron en publicar fotos, en general de sus fachadas, pero también de sus recintos más públicos, como los comedores. La información estaba orientada a persuadir y acentuar las expectativas y deseos del viajero (Méndez de Rocha *et al.* 2010).

La cartografía de Antofagasta de 1895, incluida en el *Álbum de planos de las principales ciudades y puertos de Chile*, realizado y publicado en 1896 por Nicanor Boloña y J. Tonkin, muestra los mencionados hoteles Sud Americano y de Comercio. Así como se indicaba en la guía de 1894, el emplazamiento del primero era en la esquina de las calles San Martín y Prat -antigua Lamar-, hacia el sur de la Plaza Colón, mientras que el Hotel del Comercio, también enfrentaba la plaza y estaba ubicado hacia el este, en el cruce de las calles San Martín con Sucre, colindando al noreste con el Templo de San José. En ese terreno, más tarde dividido en dos predios, fueron levantados el Grand Hotel y el Club Inglés.

CONSOLIDACIÓN URBANA Y PUBLICIDAD HOTELERA

En los anuncios de los hoteles en los medios se pueden detectar estrategias de marketing que podrían ser comprendidas dentro de un *savoir-faire* propio de las publicidades de los establecimientos hoteleros. No debemos olvidar que, a pesar de lo confinado, Antofagasta fue una

ciudad global. El atractivo minero, no solo convocó a una legión de inmigrantes europeos, sino que también surgió como un destino y escala en la ruta del Pacífico de puertos que prometían el éxito económico. De modo que el saber hacer, estaba conectado con los modos de operar de la red global de servicios para viajeros.

Estudios contemporáneos sobre la relación entre marketing y hospitalidad han detectado lo importante que ha sido para el usuario conocer las características del ambiente físico de los hoteles, orientado a “producir experiencias sensoriales, afectivas, cognitivas y físicas” (Pinheiro da Silva y Vasconcelos 2010: 336). Esto se complementa con la idea de hospitalidad, referido a todos los servicios que acompañan ese ambiente físico, entre los cuales estaría la oferta de alimentos y bebidas.

Por otro lado, Antofagasta desde sus inicios estuvo asociado a la fotografía, un medio de representación propio de la Revolución Industrial. Con los estudios fotográficos y la circulación de fotografías, conjuntamente con retratos de personas y de la actividad social, fueron siendo registrados los progresos urbanos con vistas de calles, edificios significativos, muelles y área portuaria, con el consecuente surgimiento de las primeras imágenes turísticas.

En 1902, La *Revista Ilustrada* de Antofagasta publicaba el Grand Hotel de France et d'Angleterre y su anexo (La *Revista Ilustrada*, 2 de noviembre de 1902: 5). Se situaba en la esquina de las calles Prat y San Martín, el mismo emplazamiento del Hotel Sud Americano. Se trataba de un extenso edificio de dos plantas más un torreón mirador en un tercer nivel. El segundo nivel poseía una galería

corrida retranqueada que ocupaba toda la fachada por ambas calles.

En el *Anuario Prado Martínez* de 1904-1905, se anunciaba el Gran Hotel Colón, que según una postal de la Casa Pinnau era un edificio de dos plantas en la esquina San Martín con Sucre, en la misma manzana del Templo de San José, frente a la Plaza Colón, correspondiendo a la antigua ubicación del Hotel de Comercio. En el anuario decían: “En Antofagasta es el preferido para las familias y el comercio” (Prado 1905: 54).

En esa publicación se mencionan seis hoteles, sin explicitar el nombre del establecimiento, pero indicando a los propietarios: Carlos Bay, Juan Delgado [Hotel Sud Americano], José Mora, Pedro Muñoz, Marta V. de Müller y Vicente Vusovich [Marcos y Vicente Vuskovic, Hotel de France et d’Angleterre] (Prado 1905). Alguno de los mencionados, Bay, Mora, Muñoz o la viuda de Müller deben haber administrado el Hotel Colón.

El Gran Hotel Colón, en sus avisajes, papeles y membretes (hemos consultado una muestra de 1904) daba cuenta de tres aspectos sobresalientes que evidenciaban que su administración estaba en manos europeas: (a) que se hablaba alemán, inglés, francés e italiano; (b) la proximidad a los bancos, al telégrafo, al comercio conjuntamente con la cercanía a los muelles y de la estación del ferrocarril, y (c) a la vista privilegiada tanto para la plaza como al mar, se agregaba una cocina variada, un bar de excelentes licores y un salón de baño. Todo esto lo convertía en un establecimiento de primer orden.

En 1904 se firmó el Tratado de Límites con Bolivia, de modo que en el período de 1904 y 1910, fecha del Centenario de la República, se desarrolló una fuerte

inversión pública y privada en Antofagasta, que levantó una serie de arquitecturas eclécticas e historicistas que fueron construyendo la imagen urbana de una gran ciudad. Sin embargo, frente a la consolidación de los servicios, y del ímpetu de la minería con la confluencia de inmigrantes, vino la pandemia de la peste bubónica, la cual tuvo sus peores años justamente hasta 1914.

En noviembre de 1906 un enorme incendio consumió completamente la manzana donde se situaba el Gran Hotel Colón. En su lugar se construyó un nuevo establecimiento, el Grand Hotel, inaugurado en 1907. La nueva empresa, utilizó tarjetas postales (Archivo Claudio Galeno-Ibaceta) como uno de sus medios de difusión. En ellas se indicaba que el establecimiento era propiedad de E. Leber, hotelero de profesión, y que se trataba de un “hotel de primer orden”, “el mejor de la ciudad”, que poseía “departamentos con baño y confort moderno” y “salones de recepción y para agentes viajeros”, ofrecía “baños de agua dulce y salada, tibios y de lluvia”, y se preparaban “banquetes y comidas especiales” con “cocina y cantina de primera clase”, con la infaltable “orquesta”, además se destacaba que hablaban “los principales idiomas”.

Debido a la conexión de Antofagasta con Bolivia mediante el ferrocarril, la *Guía del Viajero en Bolivia* de 1908 recomendaba hospedajes en la ciudad puerto (Crespo 1908). Los hoteles citados eran Hotel The Office (Bolívar n°34), Hotel Palece [o Palace] (Angamos o Matta n°41), Hotel Inglés (Sucre n°48), Hotel Edén (Av. Brasil), Hotel del Teatro (Latorre n°235), Hotel Coloso (Angamos o Matta), Hotel Colón y anexo (Sucre con San Martín), y Hotel Central (Latorre n°158). La información no debe haber estado actualizada, ya

que para ese año, como hemos mencionado, el Colón ya no existía.

En 1910, para el Centenario de la República de Chile, fue publicado *El Libro Azul: directorio profesional, comercial e industrial de Chile*, documento en el que se incluyen hoteles en Antofagasta: France e Inglaterra (Prat s/n), Central (Latorre n°158), Edén (Av. Brasil s/n), Colón (Sucre s/n), Gran Hotel (Plaza Colón), Inglés (Bolívar s/n), Génova (Bolívar-Estación), Universo (Prat s/n), Royal (Sucre n°20), Oriental (Sucre n°49) y The Bar Office (Bolívar-Estación).

Las guías mencionadas no coinciden en todos los hoteles que publicaron. La guía boliviana podría haber estado desactualizada, además que sus recomendaciones de hoteles podrían ser las de uso recurrente y más familiares a los viajeros bolivianos. Mientras tanto, la guía chilena incluyó un espectro amplio de establecimientos, coincidente con la efervescencia de las celebraciones del Centenario, que supuso para Antofagasta la ejecución de una serie de obras públicas de gran envergadura.

Algunos pocos años después, la economía global se vio afectada por el inicio de la Primera Guerra Mundial, lo que impulsó medidas para el fortalecer el comercio. En ese contexto podemos comprender el *Plano Guía Comercial* de 1914 levantado por el ítalo-árabe Luis Verga Abd-El-Kader y dibujado por Roberto Bertini, el cual estaba destinado a orientar sobre profesionales, industria, comercio y servicios. Entre los que podríamos calificar de servicios turísticos, los veintitrés hoteles estaban en manos en su mayoría de extranjeros: los italianos tenían seis, cuatro eran chilenos, cuatro españoles, tres eslavos, dos franceses, uno inglés, uno griego, uno alemán y uno turco. Los

bares y cantinas eran propiedad de chilenos, con dieciséis, pero habían de extranjeros, cinco italianos, cuatro eslavos, tres españoles y un alemán. En los restaurantes también predominaban los chilenos, con treinta y seis, pero había tres argentinos, dos peruanos, dos griegos, dos chinos, uno eslavo, uno italiano y uno japonés. Las pastelerías eran seis chilenas, cinco españolas y una italiana.

Los hoteles que se indicaban eran: Grand Hotel, calle San Martín (manzana n°311) de los italianos R. Zanier y Cía.; Hotel Londres en calle Latorre (manzana n°341) de los italianos Bassino y Trisotti; Hotel Maury en el puerto (manzana n°307) de Bassino y Trisotti; Hotel France et d'Angleterre y su anexo en calle Prat (manzana n°341) del franco ruso Novick y Dutrey; Hotel España y su anexo en calle Prat y Baquedano (manzana n°341 y n°342, respectivamente) de un propietario español; Hotel La Bolsa en calle Washington (manzana n°280) de un propietario italiano; Hotel Inglés en calle Bolívar (manzana n°280) de la inglesa viuda de Ramsay; Hotel Antiguo Roma en calle Prat (manzana n°344) del chileno L. Valenzuela; Hotel Bernburg en calle Prat (manzana n°345) del alemán Otto Kutz; Hotel Roma en calle Baquedano (manzana n°344) del italiano José Bruno; Hotel Europa en calle Maipú (manzana n°373) del austro húngaro Ljuto Franjola; Hotel Marconi en calle Maipú (manzana n°403) del chileno A. Cepeda; Hotel Universo en calle Latorre (manzana n°252) de la chilena Juana R. viuda de Hernández; Hotel Porvenir en calle Angamos (manzana n°252) del español J. Segundo Lumbreras; Hotel Jerusalén en calle Ossa (manzana n°313) del turco Farhan Masis; Hotel Internacional en calle Bolívar (manzana n°344) del austro húngaro M. Franulic; Hotel Olimpia en calle Latorre (manzana n°280) del

griego N. Capetanopulo; Hotel Colón en calle Condell (manzana n°282) del italiano Luis Volpi; Hotel Albergo d'Italia en calle Angamos (manzana n°402) del chileno J. B. Herrera; Hotel la Riojanita en calle Prat (manzana n°313) del español S. Ochoa; Hotel Belmonte en calle Bolívar (manzana n°279) del austro húngaro Luksic (Abd-El-Kader y Bertini 1914).

En 1916, el *Libro Internacional Sudamericano* de Alberto Márquez publicaba el Gran Hotel Londres y su anexo, propiedad de Bassino i Trisotti, que lo habían establecido en 1912, y decían: “establecimiento de primer orden. Dormitorio i comedores conforme a los adelantos modernos. Capacidad para 120 personas. Situado en el centro de la ciudad. Único hotel que tiene servicio de lavatorios con desagües y agua corriente” (Márquez 1916: 133). La descripción de su recinto evidencia los avances sanitarios del espacio urbano, con el alcantarillado y la red de agua potable, así como en los requerimientos modernos de los viajeros en cuanto aspectos de salubridad.

El otro establecimiento que se anunciaba en el libro de Márquez (1916: 143; la traducción es nuestra) era el de S. Novick, propietario del Hotel de France et d'Angleterre, quien lo publicaba en inglés: “la casa del *comfort* y la elegancia. Hotel de primera clase en la mejor ubicación. A media cuadra de la Plaza Colón. Buenos departamentos para vendedores viajeros. Se habla inglés, se habla francés. Se habla italiano”.

Además, se publicaba el Gran Hotel de la Plaza Colón, cuyo propietario o administrador era E. Leber, con una fotografía que mostraba un gran comedor regido por dos monumentales escaleras (Márquez 1916).

REQUERIMIENTOS GLOBALES Y LOCALIZACIONES

En 1920, Henry Stephens en *Journeys and experiences in Argentina, Paraguay, and Chile* publicado en Nueva York, informaba que Antofagasta es una metrópolis comercial de 60.297 habitantes, la cuarta ciudad de Chile y concentraba la actividad minera del norte del país. En esos días contaba con calles asfaltadas, sistema de alcantarillado y el transporte colectivo había pasado de los carros movidos por mulas o carros de sangre -empresa que estuvo activa hasta 1914- a los autobuses cuyo concesionario era un señor Yankovich. Los viejos edificios se describen de adobe, madera, calamina y caña estucada, pero que estaban siendo substituidos por construcciones metropolitanas de ladrillo y cemento. Entre los nuevos edificios construidos en Antofagasta se destacaban la Intendencia -ilustrado con una fotografía del edificio donde se aprecia el Odeón Eslovo de la Plaza Colón-, el Cuartel General de Bomberos, el Teatro Victoria y el el Hotel Belmont de Luksic. Además los mejores hoteles eran el de Francia e Inglaterra de Nowick y Dutrey, el Grand Hotel, así como el Belmont. Además agregaba que la ciudad había evolucionado de ser un puerto pestilente a una urbe escrupulosamente limpia, a pesar de que en los suburbios se podrían hacer mejoras.

Stephens, entre variadas informaciones de la ciudad, también menciona al Hotel Maury, y sobre la calidad de la hotelería, por último manifiesta:

Antofagasta abre un excelente campo en la línea hotelera. Hay cuatro hoteles en los cuales es posible dormir y comer, sin embargo, están muy por debajo del estándar para un puerto

tan ocupado. El negocio se divide en parte iguales entre ellos, pero un hospedaje actualizado podría cambiar fácilmente esa situación (Stephens 1920: 519).

La prensa era un vehículo para ofrecer los servicios de la hotelería, mediante fotografías y breves frases que destacaban las principales virtudes de sus servicios. En enero de 1921, el periódico *El Abecé*, entregaba una serie de datos del Gran [Grand] Hotel de la Plaza Colón, anunciados por sus propietarios Sfarcić y Ljubetic y acompañado de una fotografía de la fachada de tres pisos. Los servicios eran “ocho departamentos con baño y todo *confort* moderno. Cocina y cantina de primera clase. Orquesta por los profesores Lasheras y Masriera” (*El Abecé*, 1 de enero de 1921: 13). Este último, Rosendo Masriera, era un prestigioso músico y profesor, cuya hija, Elsa Masriera fue, desde fines de la década del veinte, una destacada actriz de cine mudo y sonoro (Jara *et al.* 2008).

En otra publicidad de *El Abecé* de 1921, el Hotel Londres se promocionaba con una fotografía de la extensa esquina que ocupaba el elevado edificio de madera de dos pisos, y se definía como “lo mejor en el norte del país” (*El Abecé*, 2 de enero de 1921: 2). En periódico del año 1922, el propietario Iván Razmilic anunciaba el Hotel Londres: “Único de primera clase. El mejor situado. El mejor atendido y el más preferido. Instalación completa y moderna de baños” (*El Abecé*, 1 de marzo de 1922: 2).

La prensa, además de la publicidad, también era utilizada como un medio para introducir a los viajeros a la sociedad local, mediante una sección donde se indicaban los nombres de los huéspedes entrados y salidos en los hoteles más des-

tacados, como el Grand Hotel y el Londres (*El Abecé*, 10 de enero de 1921: 7). Esa particular práctica de los hoteles más importantes, hacía pública la estadía y permitía a los ciudadanos familiarizarse con estas personas en tránsito, un hábito que acortaba la brecha con el desconocido y el extraño.

En 1922, Jacob Warshaw en la guía *The New Latin America* decía que la ciudad tenía 64.584 habitantes, y contaba con el Hôtel de France et d'Angleterre, el Hotel Londres, el Oriental y el Belmont.

Por otro lado, el extenso y bien documentado *Álbum de Tarapacá y Antofagasta* de Gajardo y Rodríguez, publicado en 1924, con una impresión de gran calidad y muy ilustrado, indicaba que los alemanes Otto Kutz tenían el Hotel Suisse (Prat n°730) y Titus Forray el Hotel Panamá (Bolívar n°274-278). Además, se promocionaba el Gran Hotel (Baquedano n°451-459) de Samaniego y Estrada, fundado en 1923 donde estaba el antiguo Hotel Buenos Aires; el New York Hotel de E. Ugarte (Bolívar n°240); el Hotel Europa (Condell n°563) abierto por Ljubo Franjola en 1923, en el sitio donde estaba el Hotel Iberia, con 24 habitaciones; y el Gran Hotel Maury, de Augusto Brubacher, en la ribera del mar.

Desde el período de entreguerras la calle Baquedano reunió varios hoteles. Esa concentración coincide con el período de construcción del nuevo puerto artificial, lo cual tensionó la estructura urbana hacia el oeste. Como indica Arce (1997[1930]), las obras portuarias fueron iniciadas en el período 1918-1920 y entregadas parcialmente entre 1925-1930. Al comienzo del año 1929 habrían ingresado las primeras naves al abrigo de sus aguas tranquilas.

Entre los establecimientos de calle Baquedano estaba el Gran Hotel Buenos Aires -también conocido como el Hotel Buenos Aires o el Gran Hotel-, que operaba por lo menos desde 1921, como declara en el prontuario del ingeniero argentino Ricardo Santillán, oriundo de Tucumán.

En la misma manzana, vecino al Hotel Buenos Aires hacia el suroeste, seguían el Hotel Milano y el Hotel Español. El Milano (Baquedano n°443-447) era propiedad del italiano Antonio Corradini, y anunciaba en *El Abecé* de enero de 1925 que era de primer orden con piezas especiales para viajeros y vendedores, y que su especialidad era cocina italiana (El Abecé, 1 de enero 1925: 2). Algunos años después, en 1927, una publicidad de la *Guía de Antofagasta*, indicaba que el nuevo propietario era José Camps, y decía:

Especial atención a pasajeros de Chuqui y pampa. Establecimiento de primer orden situado en el centro de la ciudad. Habitaciones amobladas con todo *confort*. Baños fríos y calientes a toda hora. Precios fijos y a la carta. Viandas a domicilio. Menú variado diariamente (Guía de Antofagasta 1927: 39).

Al costado del Milano, en calle Baquedano n°433, estaba el Gran Hotel Español, cuyo propietario era Ignacio Carod. Ese establecimiento ofrecía hospedaje desde 1921, como indica el prontuario del cónsul argentino Ricardo Pol Ceballos, proveniente de Salta. El establecimiento se anunciaba en la misma *Guía de Antofagasta* (1927: 39): “Este acreditado establecimiento cuenta con toda clase de comodidades para familias y agentes viajeros. Comedores de primer orden. *Confort*. Atención especial por sus propios dueños”.

Obviamente muchos inmigrantes llegaban a estos hoteles. En el caso de los argentinos, declararon en sus prontuarios haber utilizado por lo menos 13 hoteles y 9 pensiones⁵, sus preferidos eran el Gran Hotel Buenos Aires (12,9%), el Hotel Central (11,3%), el Hotel Londres (12,9%), el Hotel Milano (12,9%), y el Hotel Español (8%) (Archivo Universidad Católica del Norte). La mayoría de los pasajeros argentinos hospedados en los establecimientos hoteleros declararon que era artistas o músicos, lo que coincide con las profesiones necesarias para el ocio en una ciudad de servicios para un hinterland minero. En un porcentaje muchísimo menor, los otros hoteles ocupados por los argentinos fueron el Balkan, Europa, Francia, Iberia, Maury, Panamá, Plus Ultra y Suiza, así como las pensiones El Prado, Flor de Chile, Iquique, La Rosa, Limache, San Pedro, Santa Rosa, Talca y Viña del Mar.

La *Guía de Antofagasta* de 1927 revela un amplio espectro de hoteles, y entre ellos algunos están indicados con sus propietarios. El Hotel Londres, ocupaba una esquina y tenía dos direcciones, en Latorre n°473 y Prat n°352, era de Iván Razmilic. El Gran Hotel en Baquedano n°451, era de Gregorio Samaniego. El Hotel Central, en Baquedano n°361, era de Gregorio Riaño. El Hotel Balkan, en Baquedano n°660 era de Goles e Ilolic. El Hotel Maury en el borde mar, era de Augusto Brubacher. El Hotel Suizo, en Prat n°730 era de Juan Torrer. El Hotel Panamá, en Bolívar n°274, era de Titus Forray. El Hotel Belmont era de Luksic y quedaba en Bolívar n°120. El Hotel Iberia en Sucre n°626 era de José Meléndez. Y como hemos mencionado, el Hotel Español, en Baquedano n°433, estaba en manos de Ignacio Carod, y el Hotel

5. El universo son 62 argentinos que declararon haber usado establecimientos de hospedaje.

Milano, en Baquedano n°447, era de José Camps.

Los británicos, según sus prontuarios, utilizaron una gran variedad de hospedajes entre hoteles, una pensión, una residencial y ranchos. Sus principales establecimientos⁶ fueron el Londres, utilizado por un 14% de pasajeros, y el Maury con 21,3%. Muy por debajo seguían el Grand Hotel (3,2%), el Hotel Buenos Aires (3,7%) y el Hotel España (4,5%). Los menos usados, pero declarados en los prontuarios fueron el Hotel Belmont, el Central, Europa, Madrid, Milano, New York, Panamá, Plaza y Viena. Por otro lado, la Pensión Alemana en el entorno del paseo de la Avenida del Brasil, era un hospedaje medianamente requerido con un 3,7%. La residencial Lautaro fue declarada solo por una persona (0,4%). Los ranchos, un formato de hospedaje de las empresas, eran muy utilizados, los principales eran el Rancho del Banco Anglo Sud-Americano (13,1%) y el Rancho Gibbs (18,8%), seguía el Rancho de Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia con un 4,5%, pero podría ser mucho mayor ese número, ya que muchos prontuarios solo dicen Ferrocarril o casas de Ferrocarril, no explicitando si se trataba del rancho. En menor medida estaban el Rancho Nitrate con un 2,7%, el Rancho Williams con igual porcentaje, el Rancho Buchanan Jones con 0,8% y el Rancho Americano con 0,4%.

En 1929, la nueva Sección de Turismo del Ministerio de Fomento, inició la publicación de un boletín que informaba acerca de las actividades de fomento que realizaba esa unidad ministerial. En su edición del 30 de septiembre, y en el número de noviembre de 1930, a pro-

pósito de la asignación del rol hotelero, publicó un completísimo listado de establecimientos de Antofagasta, con sus propietarios: 23 pensiones, 19 hoteles, 1 residencial y 2 restaurantes (Boletín de Informaciones 1930a, 1930b).

Los hoteles eran, en calle Baquedano: Hotel Central de Gregorio Riaño (n°361), Hotel Español de José Campos y Cía. (n°429), Gran Hotel de Gregorio Samaniego (n°451), Hotel Balkan de José Gales (n°658) y el Hotel Riojana de Benita de Ramos (n°673); luego en calle Bolívar: Hotel New York de Simunovic & Yaksic (n°240) y Hotel Imperial (ex Panamá) de Francisco Elezovic (n°274); en calle Condell: Hotel Europa de Fabián Bakulic (n°243) y Hotel Portugués de Atiliano González (n°786); en calle Latorre: Hotel Hay que Ver de Pablo Rojas O. (n°1141) y Hotel Londres y anexo de Iván Razmilic (n°429); en calle Matta: Hotel Avenida de Vicente Milovic (n°115); en calle Ossa: Hotel Valparaíso de Evaristo Díaz (n°26); en el pasaje Rhin: Hotel Maury de Augusto Brumacher (s/n); en calle Prat: Hotel Plaza de Juan Simunovic (n°340), Hotel Buenos Aires de Rosa Sepúlveda (n°462) y Hotel Suizo de Mateo Lolic (n°730); en calle Rodríguez: Hotel La Paloma de Félix Díaz Durán (n°290); y en calle Sucre: Hotel Iberia de Carmen de Meléndez (n°626) (Chile, Ministerio de Fomento, Sección Turismo 1930).

Las direcciones de los establecimientos que se declaraban hoteles y pensiones revelan como se distribuían por calles. En torno al casco central, en calle Baquedano, cinco hoteles y dos pensiones, en Bolívar dos hoteles y seis pensiones, en Condell dos hoteles y tres pensiones, en Latorre dos hoteles y nueve pensiones, en Matta un hotel, en Ossa un hotel y tres pensiones, en Prat tres hoteles, en Sucre un hotel, dos pensiones y una residencial,

6. De un universo de 244 británicos que declararon en sus prontuarios de inmigración ocupar un establecimiento hotelero.

y más hacia retirado, hacia el cerro, en Rodríguez un hotel.

Durante el cambio de siglo XIX al XX se amplió la oferta de establecimientos cuyos nombres, en una voluntad de construcción de imaginarios y referentes, aludían al perfil nostálgico de los inmigrantes que llegaba a este puerto del desierto. Los nombres de ciudades, regiones y países son reveladores, por ejemplo: Francia e Inglaterra, Balkan, Buenos Aires, Español, Europa, Iberia, Londres, Milano, Suiza, Alemania, Italia, Nueva York, Madrid, Viena y España, por otro lado Panamá aludía al canal inaugurado en 1914 y que potenció el desplazamiento de estos inmigrantes hacia la costa del Pacífico y a los áridos y enriquecedores territorios del desierto de Atacama.

EL ENCUENTRO ENTRE EXTRAÑOS Y LA SALUBRIDAD

Sobre los hoteles y los viajeros, un interesante paralelo más estudiado fue la experiencia estadounidense, sobre ella Sandoval-Strausz (2007: 142-143) reflexiona lo siguiente:

Los hoteles estaban caracterizados por un estado permanente de llegar y partir, de un contacto constante entre personas desconocidas unas a otras. Había otros espacios en el cual los estadounidenses por lo general se encontraban con extraños (...) Pero los hoteles ocuparon un lugar especial en el mundo de los extraños del siglo XIX, por que pusieron a individuos en tránsito, en contacto por días, más que solo por minutos y horas, y por que aquel contacto a menudo ocurrió en lugares domésticos e incluso íntimos, como salones de recepción

y habitaciones. Por lo tanto, los hoteles necesitaban que aquellas personas contantemente mantuvieran y renegotiaran innumerables contactos y relaciones.

Bajo esa realidad de administrar a pasajeros extraños, Sandoval-Strausz pudo identificar una evolución del sentido de hospitalidad. Los hoteleros requerían innovar y refinar la oferta de forma que surgieron y se complejizaron los servicios y las arquitecturas. Dice:

En el proceso, los hoteleros también lograron algo más: en lugar de responder a los problemas de la fugacidad y el anonimato, haciendo énfasis en la privacidad y manteniendo a las personas separadas, ellos crearon un sentido de comunidad entre los huéspedes, residentes y locales, impregnando hoteles con una cultura absolutamente pública (Sandoval-Strausz 2007: 143).

Tomemos en cuenta que en el contexto de Antofagasta los hoteles muchas veces sirvieron de alojamiento casi permanente de personajes que podían costearlo. Eso significaba pasar de pasajero a una ser una suerte de pensionista, e incluso se utilizaron las habitaciones como espacios de trabajo, como hemos visto con los anuncios y con las consultas de los médicos. Un buen ejemplo fue el arquitecto Leonello Bottacci Borgheresi, un italiano educado en Chile, que luego de graduado llegó, alrededor de fines de 1908 e inicios de 1909, a trabajar para la Dirección General de Obras Públicas de Antofagasta (Galeno-Ibaceta 2014a), y como indica el *Plano Guía* de Abd-El-Kader y Bertini de 1914, él residía en el Hotel Albergo d'Italia en calle Matta entre Sucre y Prat, en la manzana n°313.

Respecto de la salubridad, en 1918 fue oficializado el primer Código Sanitario chileno. En esa nueva ley no se especificaba nada sobre los hoteles, pero se indicaba que una de las funciones de la nueva Dirección General de Sanidad era ordenar que se practicasen “visitas sanitarias a los establecimientos públicos, y a los locales destinados a uso comun o a industrias en que se empleen varias o muchas personas” e “indicar al Gobierno las circunstancias que exijan la adopción de medidas concernientes a la salud pública” (Ley N°3385 1918: 6). Sin embargo, es nueva legislación, por su dispersión de voluntades, no tuvo un efectividad práctica (López-Campillay 2018).

Frente al auge económico del salitre y a la falta de aplicación de las leyes, era difícil controlar las enfermedades. Por ejemplo, en Antofagasta desde 1904 hasta 1930 la peste bubónica fue un flagelo recurrente que exigía medidas de control (Macchiavello 1932). El precario estado higiénico de los hoteles y restaurantes de la ciudad eran discutidos en el periódico *El Abecé* del 1 de marzo de 1921, donde se solicitaba al municipio que mejorara la fiscalización de “los numerosos restaurantes y hoteluchos de la última clase y que es donde la suciedad y el olvido de la más elementales reglas de higiene existen en todo su apogeo”. Además se refería a los sectores urbanos donde estaban situados:

Basta solo recorrer a la ligera las calles donde existen estos, como se ve la calle Bolívar en las cuadras próximas al muelle de pasajeros, en la calle Baquedano, José Santos Ossa, y en el barrio alto de la ciudad donde están ubicadas las casas de tolerancia y cafetines chinos (El Abecé, 1 de marzo de 1921: 8).

Los hospedajes más humildes eran descritos con vehemencia: “el dormitorio comun con tres, cuatro hasta seis camas-tros, en los cuales duermen una tras otra hasta diez o más personas, son allí cosa corriente y casi podríamos decir obligatoria” (El Abecé, 1 de marzo de 1921: 8).

La insalubridad a que estaban sometidos los cuerpos en esos precarios establecimientos era realmente turbadora:

Por allí desfila desde el operario tranquilo hasta el ratero maleante como huéspedes habituales y por allí pasa también el viajero que debe pernoctar en la ciudad y no dispone de medios para ir a un hotel decente, viejos y niños, mujeres y hombres, sanos y enfermos en promiscuidad horrorosa (El Abecé, 1 de marzo de 1921: 8).

El cruce entre extraños también se producía en torno a los baños y servicios sanitarios, un ámbito de gran intimidad. No tenemos datos de la proporción entre baños y habitaciones en los hoteles para el periodo abordado en este trabajo, pero disponemos de información de la *Guía del Veraneante* de Ferrocarriles del Estado de 1945, con datos de 1944, cuando varios de estos antiguos hoteles eclécticos, aunque en decadencia, seguían en actividad. En el listado de hoteles las capacidades y servicios eran las siguientes: el Hotel Maury con 55 habitaciones y 25 baños, una proporción de 2,2 a 1; el Hotel Plaza con 74 piezas y 17 baños, 4,3 a 1; el Hotel Londres con 38 habitaciones y 7 baños, 5,4 a 1; y el Gran Hotel -posiblemente el antiguo Gran Hotel Buenos Aires- con 65 habitaciones y 7 baños, 9,3 a 1. Las proporciones entre baños y habitaciones representaban una hotelería alejada de los principios higiénicos de la modernidad.

El Código Sanitario de 1918, aunque fue ley no tuvo un impacto real sobre la salubridad. Frente al problema de la higiene pública, siendo ministro de Higiene y Asistencia Social, el Dr. Alejandro del Río, se estableció una cooperación con la Fundación Rockefeller y con el Dr. John Long del Servicio Federal de Sanidad de Estados Unidos. Para concretar esa cooperación fue necesario reformar el Código para darle mayor eficacia y fomentar la profilaxis sobre enfermedades de carácter social (Illanes 2010). De modo que en 1925 fue aprobado el decreto de un nuevo Código Sanitario, más detallado y específico. Sobre los hoteles, se normaba la creación de ordenanzas sanitarias solo para Santiago, lo que refleja una idea centralista del problema, y entre las materias que podían reglamentar, estaba: “La conservación en buenas condiciones sanitarias de los hoteles, restaurants, bares, casas de pensión, pabellones de emigración e inmigración, fábricas, talleres, prisiones, teatros, conventos, escuelas u otros lugares en que se reúna el público” (Decreto Ley N°602 1925).

Esa ley denominada Código Long tampoco prosperó, fundamentalmente porque las funciones de salud que correspondían a los municipios habían sido incorporadas a la Dirección General de Sanidad (Illanes 2010). Sin embargo, indicaba que las comunas se podían organizar en divisiones sanitarias, con cuatro municipalidades como máximo. El presidente de una división, entre varias facultades, podía redactar y proponer a sus municipios, “ordenanzas y reglamentos adecuados para llevar a efecto las facultades que a éstas les confiera la ley en materias de higiene” (Decreto Ley N°602 1925).

No hemos podido identificar la elaboración de una ordenanza para Antofagasta a partir del Código Long, pero si hemos accedido a un proyecto de Código Sanitario Municipal para la comuna de San Javier de Loncomilla, que fue asesorada por Long. En esa norma (Fagalde 1929), el título segundo, punto 11, está dedicado a los hoteles, casa de pensión, restaurantes y cocinerías, dictando una serie de restricciones, algunos de sus artículos estaban orientados a: la presentación de información detallada del edificio con datos de materialidad, accesos y escapes, número de habitaciones y de camas, cuartos para la servidumbre, condiciones de la cocina, sistemas de iluminación y ventilación, instalaciones higiénicas y protección contra incendios. Un punto importante eran los siniestros y la garantía de escape, de modo que las escaleras y pasamanos debieran ser incombustibles. Otro tema fundamental, que reflejaba los estándares del viajero moderno, era la proporción mínima de un escusado por cada diez huéspedes.

En 1928 y 1929 fueron promulgadas una serie de leyes orientadas al desarrollo del turismo, algunas de las cuales normaban los establecimientos hoteleros. En febrero de 1928 fue promulgada la Ley 4.297 que estableció varias disposiciones destinadas al fomento de la industria hotelera y el turismo (Chile 1928), la cual sufrió algunas modificaciones en diciembre de 1929. La nueva norma otorgaba garantía fiscal a las empresas que realizaban la inversión hotelera, además los eximía de impuestos municipales (Ley N° 4.733 1929).

Además, en enero de 1929 había sido promulgada la Ley 4.563, que otorgaba a las municipalidades poder para dictar ordenanzas generales que normaran so-

bre los edificios, determinadas alturas de construcción, materialidad, propagación de incendios, riesgos de terremotos u otros fenómenos, con mayor énfasis en establecimientos que reunían muchas personas, entre ellos los hoteles. Además, decía que en esas ordenanzas se establecerían “las condiciones mínimas de higiene, salubridad y aspectos exterior” (Ley N°4.563 1929). En consonancia con esa norma, en abril de 1929 el Ministerio de Fomento creó la Sección de Turismo, cuyo fin era la promoción de los servicios turísticos para perfeccionar el desarrollo de esa industria en el país. En su artículo tercero, sobre los hoteles y casas de hospedaje, indicaba que los municipios debieran hacer cumplir las disposiciones sobre “condiciones de seguridad, riesgo de incendios, higiene, salubridad y comodidad de los viajeros” (Ley N°4.585 1929).

En 1930, el periódico *El Mercurio de Antofagasta* se refería a las condiciones higiénicas de los hoteles. En general se aludía a la condición deficiente de los hoteles en todo Chile, y que el gobierno había iniciado un programa de fomento al turismo, por lo que se ordenó a los intendentes “exigir a los industriales que se dedicaban al ramo del hotel, mejorar sus servicios y poner sus precios a un nivel armónico” (8 de enero de 1930: 1). En Antofagasta, el intendente Julio Navarrete Basterrica, “revisó todos los hoteles, tomando nota de sus deficiencias y conminando a sus dueños a efectuar las reparaciones aconsejadas por los técnicos, para lo cual se dio un plazo prudente”. A pesar de la crisis económica que se desarrollaba en esa fecha, los hoteleros realizaron las reparaciones aconsejadas, de forma que “la mayor parte de los establecimientos centrales, mejoraron considerablemente su presentación exterior como sus comodidades interiores”.

Ese mismo año, en Antofagasta se tomaron medidas urbanas preventivas sobre la peste bubónica, como se evidencia en una serie de notas del *El Mercurio de Antofagasta*, liderado por el Dr. Atilio Macchiavello (13 de febrero de 1930: 1). Aunque la aparición de la peste fue muchísimo menor comparada al periodo de pandemia de 1904 a 1914.

Finalmente, en mayo de 1931 fue aprobado un nuevo Código Sanitario que restituía a los municipios el control de la salud pública (D.F.L. N°226 1931). Esa ley se mantuvo en vigencia por casi cuarenta años, hasta diciembre de 1967, cuando se decretó un nuevo código, publicado oficialmente en enero de 1968. En la legislación de 1931, respecto de las atribuciones sanitarias de las municipalidades, y que coincidían con los establecimientos hoteleros, estaban las visitas y exigencias del aseo de edificios, bajo pena de multas y clausura, y en lo específico inspeccionar y reglamentar sobre una serie de negocios que produjeran, guardaran o expendieran comestibles o bebidas, entre ellos los hoteles, restaurantes, posadas, casas de pensión, bares y cantinas. Además, reglamentar sobre las condiciones de limpieza, higienización y conservación exterior de una serie de locales públicos.

Podríamos agregar que en Chile el impulso a los servicios para el turismo recién adquirió mayor ímpetu con la promulgación del decreto que oficializó el feriado anual para los trabajadores en enero de 1934. En Antofagasta, la ejecución de hoteles que cumplieran con los requerimientos modernos recién empezó a ver la luz en 1937, con un proyecto de hotel, no construido, diseñado por los arquitectos Eduardo Costabal y Andrés Garafulic, y promovido por Oscar Orchard. En 1944, con la creación del Consorcio

Hotelería, se puso en campaña un plan de construcción de hoteles en el norte chileno. Uno de sus objetivos fue construir un establecimiento en Antofagasta, que alcanzó a ser promocionada en la revista *En Viaje* en 1946, con una fotografía de la maqueta y anunciada en la *Guía del Veraneante* de 1945, proyecto que se situaría en la esquina de calle Prat con Washington, ancestral lugar del Hotel Chile. Finalmente, esa idea no se llevó a cabo en ese sitio, y el arquitecto Martín Lira Guevara diseñó un monumental hotel frente al mar en el remate de calle Prat. Ese diseño data de 1949, y en 1950 fueron iniciadas las obras, inauguradas parcialmente en noviembre de 1953. El hotel cuando estuvo terminado completamente ofrecía 168 departamentos con baño privado, que podría albergar 374 huéspedes (Galeno-Ibaceta 2008, 2013, 2014b).

CONCLUSIONES

A lo largo del desarrollo de los servicios de hotelería en Antofagasta los medios impresos fueron relevantes. En ese sentido, en los primeros años la prensa cumplió un rol fundamental en la conexión entre los huéspedes y los hoteles. Además, se utilizó una forma de entrega de la información que entró en sintonía con las formas globales de difusión sobre este tipo de servicios. Desde el punto de vista de la investigación, los medios, como la prensa y las guías, han sido claves para identificar los hoteles, sus propietarios, ubicaciones y servicios, con los sucesivos cambios producidos por mudanzas de dueños, así como por catástrofes, fuesen maremotos o incendios.

Desde la dominación chilena se dictaron normativas cuyo fin fue el control social en el marco de una sociedad global.

Por otro lado, las mejoras sanitarias urbanas entregaron un nuevo influjo a una ciudad emergente y a los servicios que se ofrecían, entre ellos los hoteleros. La juventud de la urbe, sumado a la enérgica bonanza, impulsó la publicación y su presencia en guías orientadas a los viajeros. De este modo se acentuaba la conexión al sistema de información que impulsaba la Revolución Industrial.

La publicidad de los hoteles adquirió un mayor espectro incorporando revistas y anuarios, adscribiéndose a las “formas de hacer” internacionales, impulsada por la popularización de la fotografía. La información sobre el ambiente y la hospitalidad eran aspectos fundamentales en la construcción de la imagen del establecimiento. Por otro lado, frente a la consolidación urbana, a la llegada de inmigrantes de todas partes del mundo y a una mayor oferta de establecimientos hoteleros, con servicios que respondían a los requerimientos globales, también llegó la peste bubónica, de modo que el tema de la salubridad pasó a ser una exigencia moderna. El Tratado de Límites y el Centenario de la República marcaron la pauta, y fueron llevados en paralelo al necesario control de las enfermedades. La ciudad global acarrea éxito y miseria, lujo y decadencia, sofisticación y enfermedad, de modo que las publicidades cada vez hicieron mayor énfasis en su salubridad asociados a los servicios de agua y alcantarillado.

Las guías internacionales fueron incluyendo a Antofagasta con información de los servicios, entre ellos de los hoteles, junto a breves análisis de la condición urbana de la ciudad. La publicidad de los establecimientos fue cada vez más compleja. La mayoría de los propietarios eran extranjeros, lo que no debe sorprender-

nos, ya que en una ciudad adversa y joven en realidad todos eran inmigrantes, hasta bolivianos y chilenos. La ciudad de entreguerras inició su desarrollo hacia el poniente con el nuevo puerto artificial, de modo que se empezaron a concentrar hoteles en torno al centro cívico y comercial. Los inmigrantes tenían sus preferencias de hoteles asociados a la nacionalidad de sus propietarios, a su ubicación y a los servicios que ofrecían, como el tipo de gastronomía. Los nombres de los hoteles reflejan la construcción de imaginarios asociados a los orígenes de los inmigrantes.

La vida en los hoteles se producía entre viajeros e inmigrantes, entre personas que por lo general se desconocían, entre extraños. El encuentro entre esos forasteros, se producía en los espacios públicos del establecimiento, no solo en pasillos, salones y restaurantes, sino también compartiendo los servicios sanitarios. Una parte importante de esas empresas ofrecía pensión, de modo que algunos huéspedes residían en esos espacios, incluso utilizando sus habitaciones como una oficina de trabajo.

En las primeras décadas del siglo XX, frente a la presión siempre presente de la salud pública, fueron decretados códigos sanitarios para normar sobre los varios aspectos del control de la salubridad, incluyendo establecimientos públicos como los hoteles. El primero de ellos fue en 1918, y estuvo más orientado a definir una estructura orgánica, siendo poco específico y con poca repercusión. El segundo de 1925, evidenció la definición de una nueva estructura que permitiría consolidar una nueva cooperación con Estados Unidos. Esa nueva ley, debido a una compleja distribución de atribucio-

nes, no produjo el efecto deseado, aunque fue mucho más específica y dio paso a un nuevo código en 1931. Ese nuevo código otorgó las necesarias atribuciones a los municipios para el control de la salud pública, de modo que permaneció en vigencia por alrededor de cuarenta años.

La salubridad de los hoteles en Antofagasta fue puesta en discusión. La prensa, impulsada por los brotes de peste, no dejó de evidenciar el problema, de modo que en 1930 fueron promovidas medidas para mejorar las condiciones de los establecimientos hoteleros. Y aún frente a las crisis del nitrato y global, los hoteleros acogieron las reparaciones recomendadas. Lo que denota que la crisis local y global impulsó un debate y mejoras consistentes sobre la salubridad.

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación es parte del Proyecto FONDECYT 11180673: *Estudio histórico de la arquitectura hospitalaria y equipamientos de la salud en ciudades puerto del norte de Chile: Arica, Iquique y Antofagasta, 1880-1967*. Su primer borrador fue desarrollado para el proyecto FONDECYT 1130785: *Estudio comparativo de la inmigración extranjera, europea y latinoamericana en la Región de Antofagasta, durante los años 1880-1930*.

REFERENCIAS

- Abd-El-Kader, L. y R. Bertini 1914. *Guía Plano Comercial de la Ciudad de Antofagasta. Concesionarios Granier, Bertini y Cía.* Litografía e Imprenta Moderna, de Scherrer y Herrmann, Valparaíso.
- Agullo, E. y M. Durán 1979. Historia breve del periodismo local. En *Antofagasta la ciudad heroica. Aspectos históricos más sobresalientes de su vida y desarrollo, 1879-1979*, Primer tomo, pp. 129-131. Editado por: E. Agullo. Imprenta Agullo, Antofagasta.
- American Directory 1910. *El Libro azul: directorio profesional, comercial e industrial de Chile, 1910-1911: conmemoración del primer centenario de nuestra emancipación política.* American Directory Co., Santiago.
- Arce, I. 1997[1930]. *Narraciones históricas de Antofagasta.* PROA, Antofagasta.
- Bermúdez, O. 1966. *Orígenes históricos de Antofagasta.* Ilustre Municipalidad de Antofagasta, Antofagasta.
- Boletín de Informaciones* 1930a. Ministerio de Fomento, Sección de Turismo 1 (24).
- Boletín de Informaciones* 1930b. Ministerio de Fomento, Sección de Turismo 2 (25-28).
- Boloña, N. y J. Tonkin 1896. *Álbum de planos de las principales ciudades y puertos de Chile.* Dirección General de Obras Públicas, Oficina de Geografía y Minas, Santiago.
- Brunat, D. 2019. *Tu edificio se puede llenar de chinches y Airbnb y Wallapop tienen algo que ver.* El Confidencial, 9 de junio de 2019. Acceso el 10 de enero de 2020. <https://bit.ly/38o6TJ2>
- Candilis, G. 1973. *Arquitectura y urbanismo del turismo de masas.* Editorial Gustavo Gili, Barcelona.
- Cortés, M., L. Basauri, D. Berc, C. Galeño y H. Weibel 2014. *Turismo y arquitectura moderna en Chile: guías y revistas en la construcción de destinos turísticos (1933-1962).* ARQ Ediciones, Santiago.
- Crespo, L. 1908. *Guía del Viajero en Bolivia.* Tomo 1. Gamarra, La Paz.
- Cruz, J. 1966. *Fundación de Antofagasta y su primera década.* Ilustre Municipalidad de Antofagasta, Antofagasta.
- Decreto con Fuerza de Ley (D.F.L.) N°226, Código Sanitario 1931. *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.* Acceso 15 de enero de 2020. <http://bcn.cl/1v23c>
- Decreto Ley N°602, Código Sanitario 1925. *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.* Acceso 15 de enero de 2020. <http://bcn.cl/22rtt>
- Fagalde, E. 1929. *Proyecto modelo de código sanitario de la República.* Imprenta Santiago, Santiago.
- Gajardo, E. y E. Rodríguez 1924. *Álbum de Tarapacá y Antofagasta.* MacFarlane, Antofagasta.
- Galeno, C. 2008. Hotel Turismo de Antofagasta, 1950-53. AOA 7: 38-43.

- Galeno-Ibaceta, C. 2012. *Teatros anatómicos: Padua, Barcelona y París: la conciencia de cuerpo en la arquitectura*. Universidad Politécnica de Cataluña, Barcelona.
- Galeno-Ibaceta, C. 2013. Turismo y arquitectura moderna en el reconocimiento de los territorios desérticos del norte de Chile: el Consorcio Hotelero Nacional y HONSA. *Arquitecturas del Sur* 44: 92-105.
- Galeno-Ibaceta, C. 2014a. Leonello Bottacci Borgheresi. En *Forjadores de Antofagasta, 148 años de historia*, pp.63-64. Corporación PROA, Antofagasta.
- Galeno-Ibaceta, C. 2014b. La arquitectura como pieza de infraestructura turística: el hotel Turismo Antofagasta. En *Turismo y arquitectura moderna en Chile. Guías y revistas en la construcción de destinos turísticos (1933-1962)*, pp. 54-65. Editado por: M. Cortés y A. Crispiani. ARQ Ediciones, Santiago.
- Galeno-Ibaceta, C. 2019. Salubridad urbana y equipamientos de salud en el desarrollo de Antofagasta, 1868-1929. En *A modernidade na arquitetura hospitalar: contribuições para a historiografia*, pp. 262-282. Editado por: A. Amora y R. Gama-Rosa Costa. PROARQ-FAU-UFRJ-Paisagens Híbridas, Rio de Janeiro.
- González, J. 2013. La construcción del orden en una sociedad de fronteras en el ciclo salitrero del siglo XIX. Antofagasta, la ciudad letrada del desierto de Atacama. En *La Sociedad del Salitre*, pp. 393-426. Editado por: S. González. Ril Editores, Valparaíso.
- Guía de Antofagasta. Administrativa, industrial y comercial 1927*. Imprenta López, Antofagasta.
- Guía del veraneante 1945*. Empresa de Ferrocarriles del Estado, Santiago.
- Illanes, M. 2010. *En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia. Historia social de la salud pública, Chile 1880-1973*. Ministerio de Salud, Santiago.
- Jara, E., H. Mülchi y A. Zuanic 2008. *Antofagasta de película: historia de los orígenes de un cine regional*. Ediciones Glocal Films y Comunicaciones, Antofagasta.
- Lasansky, D. M. y B. McLaren 2006. *Arquitectura y turismo: percepción, representación y lugar*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona.
- Ley N°3.385 1918. *Código Sanitario. Conforme al Boletín Oficial de la República de Chile*. Imprenta Central, Santiago.
- Ley N°4.297 1928. *Diario Oficial de la República de Chile*, 16 de febrero, pp.707.
- Ley N°4.563 1929. *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*. Acceso 15 de enero de 2020. <http://bcn.cl/1wnngm>
- Ley N°4.585 1929. *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*. Acceso 15 de enero de 2020. <http://bcn.cl/21yo4>
- Ley N°4.733 1929. *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*. Acceso 15 de enero de 2020. <http://bcn.cl/2d3xa>
- López-Campillay, M. 2018. A 100 años del primer código sanitario de Chile. Reflexiones para el siglo XXI. *Vida médica* 70(1): 59.

- MacCannell, D. 1973. Staged authenticity: arrangements of social space in tourist settings. *American Journal of Sociology* 79(3): 589-603.
- Macchiavello, A. 1932. Historia de la Peste en Chile. *Revista del Instituto Bacteriológico de Chile y de la Sociedad Chilena de Microbiología e Higiene* 4(2): 24-66.
- Mandiola, J. y P. Castillo 1894. *Guía de Antofagasta*. Imprenta de El Industrial, Antofagasta.
- Márquez, A. 1916. *Libro Internacional Sudamericano*. Sociedad Impresora y Litografía Universo, Santiago.
- Méndez de Rocha, J., D. Freire y E. Furtao 2010. Entre palabras y deseos. Análisis de contenido de la publicidad de los hoteles. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 19: 761-775.
- Pérez-Lanzac, C. 2018. *Aumentan un 50% las invasiones de chinches*. El País, 15 de abril de 2018. Acceso el 10 de enero de 2020. <https://bit.ly/2NmFklb>
- Pevsner, N. 1979. *Historia de las tipologías arquitectónicas*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona.
- Pinheiro da Silva, J. y Y. Vasconcelos 2010. Hospitalidad y ambiente en los hoteles. Su influencia en el comportamiento del consumo. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 19: 330-345.
- Prado, A. 1905. *Anuario Prado Martínez, única guía general de Chile, 1904-1905*. Centro Editorial de Alberto Prado Martínez, Santiago.
- Sánchez, E. 2012. *Vuelven las chinches*. El País, 24 de febrero de 2012. Acceso el 10 de enero de 2020. <https://bit.ly/2NCBrSP>
- Sandoval-Strausz, A. 2007. *Hotel: an american history*. Yale University Press, New Halem.
- Stephens, H. 1920. *Journeys and experiences in Argentina, Paraguay, and Chile including a side trip to the source of the Paraguay River in the state of Matto Grosso, Brazil, and a journey across the Andes to the Rio Tambo in Peru*. Knickerbocker Press, New York.
- Warshaw, J. 1922. *The New Latin America*. Crowell Company, New York.
- Williamson, J. 1930. *The American Hotel: an anecdotal history*. Alfred A. Knopf, New York.

ARCHIVOS

Biblioteca Nacional de Chile
 Biblioteca Municipal Isaac Arce
 Archivo Universidad Católica del Norte
 Biblioteca Regional de Antofagasta
 El Mercurio de Antofagasta
 Archivo Claudio Galeno-Ibaceta
 Archivo de Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia

PERIÓDICOS

El Industrial, 1881-1882
El Pueblo, 1885-1889
El Abecé, 1921-1925
El Mercurio de Antofagasta, 1930
La Revista Ilustrada, 1902